

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª É P O C A

Año 1949 - N.º 33



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

511

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚM. **112**



IMPRESO EN ESPAÑA

EN LOS TALLERES DE LA ESCUELA PROVINCIAL DE ARTES GRÁFICAS,
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

2.^a Época
Año 1949



Tomo X
Número 33

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1949

ENERO-FEBRERO

Núm. 33

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excm. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Angel Camacho Baños.—D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Leopoldo Salvador Gandarias.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Excm. Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Buiza.
Secretario: D. José Andrés Vázquez.

SUMARIO

ARTICULOS ORIGINALES

Págs.

Antonio Sancho Corbacho.— <i>El Monasterio de San Jerónimo de Buenavista (I)</i>	9
Andrés Lubac.— <i>El culto de Santas Justa y Rufina en Prats-de-Mollo (Francia)</i>	33
Pedro Armero Manjón.— <i>Expedición española a Italia</i>	47

MISCELANEA

H. S. Sopranis.— <i>El Rey Don Sebastián en los toros de Cádiz, en 1578</i>	61
José Hernández Díaz.— <i>San Alberto de Sicilia, interpretado por Montañés</i>	67
Luis Toro Buiza.— <i>Fortificación de Chipiona en el siglo XVI</i>	71
Felipe Cortines Murube.— <i>Doctrinal de jugadores</i>	75
José Andrés Vázquez.— <i>La estatua yacente de Aracena</i>	79

LIBROS	81
--------------	----

Crítica de Arte.—Norberto Almandoz.— <i>Crítica musical</i>	95
---	----

Apéndice.— <i>Cátedra de San Fernando, de Historia de Sevilla. Resumen del curso 1948</i>	101
---	-----

ARTÍCULOS ORIGINALES

EXPEDICIÓN ESPAÑOLA A ITALIA (*)

EN el año 1848 se produjo en Francia la Revolución que arrojó del Trono al rey Luis Felipe. Gobernaba en España el general Narváez, jefe del Partido moderado y hombre cuya energía es proverbial. A él debemos no tuviera éxito en España aquel movimiento que en Francia dió lugar a la segunda República. Italia también era campo donde los partidarios de las teorías avanzadas querían imponer sus ideas, y los Estados pontificios fueron objeto de su especial trabajo demoledor.

En 1846 había sido elegido Pontífice el Cardenal Juan María Mastai, que tomó el nombre de Pío IX. Siendo Presidente de su Consejo de ministros el conde Pelegrin Rossi, el 15 de noviembre de 1848, en el momento que penetraba en el Palacio de la Cancillería para la apertura de las Cortes, de un grupo de afiliados a «La joven Italia» de Mazzini, se destacó un tal Constantini y le hundió un puñal cortándole la carótida. Tras aquella muerte alevosa, conoció Roma una serie de actos de violencia, desacato e insubordinación contra el Papa, que llegaron hasta el Quirinal, residencia entonces del Santo Padre, sobre cuyo Palacio empezaron a disparar las turbas que se habían amotinado en unión de la Guardia Cívica, la Gendarmería, la tropa de línea y los voluntarios romanos. Una bala mató a Monseñor Palma, otra penetró en el aposento mismo de Pío IX, y en estas circunstancias, el Santo Padre, para evitar a Roma más desdichas, aceptó un Ministerio nada de su agrado y le dijo al Cuerpo diplomático: «Señores, estoy prisionero. Haced saber a Europa que en lo sucesivo no tomo la menor parte en el Gobierno». No contentos con esto, los revolucionarios obligaron a la Guardia Suiza—sententa bravos soldados, cuya fidelidad había contenido el motín—, a que cedieran su puesto a la Guardia Cívica. Los suizos no obedecieron la orden, pero sí la de

(*) De los «Apuntes inéditos para una biografía del primer Conde de Bustillos».

Pío IX, que no los juzgó en disposición de resistir. ¿Qué podían setenta hombres, contra la traición del Ejército? Los ciudadanos pacíficos, cuyo número era considerable, se lamentaban de ver al Papa entregado a la Guardia Cívica. No queriendo el Santo Padre que su presencia en Roma diera apariencia de legalidad al Gobierno que lo tenía prisionero y queriendo también evitar la realización de las terribles amenazas que los revolucionarios pensaban poner en ejecución (según declaración de Pío IX en 26 de diciembre de 1874), en el atardecer del 24 de noviembre, logró el Papa abandonar su Palacio del Quirinal vestido de simple clérigo, y por una escalera secreta, con la ayuda del Cardenal Antonelli, del duque d'Hancour, embajador de Francia; del conde y la condesa Spaur, representantes de Baviera; del Embajador de España, don Francisco Martínez de la Rosa, y del secretario de esta Embajada, don Vicente González Arnao, se fugó en carruaje a Albano y desde allí a la Mola de Gaeta. (*)

Cuando supo el Rey Fernando de Nápoles—Fernando II—la llegada a Gaeta, por carta que le remitió Pío IX, marchó inmediatamente acompañado de la Reina y de toda la real familia, con numerosa comitiva, al Palacio del Gobernador, adonde fué el Papa para no descubrir su incógnito. Fernando II no pudo reprimir las lágrimas cuando vió al Santo Padre despojado de todos los atributos de su alta autoridad. La Reina, de rodillas, con sus hijos y toda la Corte, recibieron la bendición del venerado huésped. Insistieron en que aceptara la hospitalidad de Gaeta. Cedióle el Rey su Palacio, colmándole de atenciones y atendiendo con generosidad a todos. Se portó como un gran Rey, dice el historiador francés Villefranche, en su obra «Pío IX, su historia y su siglo».

Narváez, a quien no sorprendió la noticia, trató inmediatamente de enviar a las costas de Italia una expedición para defender la persona de Su Santidad, y en efecto, el 5 de diciembre previene a nuestro embajador en París para que lo comunique así al Gobierno de Francia. En 21 de diciembre estaba ya dispuesta la expedición. La mandaba el brigadier don José María de Bustillo. «Uno de aquellos marinos españoles de inteligencia clarísima, de hábitos caballerescos, de valor intrépido, que tan perfectamente sabían representar en su persona las gloriosas tradiciones de la Marina española», dice el marqués de Mendigorría, don Fernando

(*) El marqués de Mendigorría en las páginas 26 y 55 de su libro «La Revolución de Roma», dice que el acompañante del Santo Padre fué González Arnao. Luis García Rives, del Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios, en su obra «La República Romana de 1849», después de asegurar que ha estudiado detenidamente los archivos españoles, dice que Pío IX fué acompañado hasta Albano por su familiar el Abate Filiphanti y desde Albano a Gaeta por los condes de Sepaur. Que cuando llegó a Gaeta, donde estaban el Cardenal Antonelli y González Arnao, preguntó a éste si había llegado «nuestra fragata» y que en vista de que no podía embarcarse inmediatamente para España «como tenía pensado», decidió avisar al Rey de Nápoles. Todos están conformes en la inoportunidad del comandante del «Lepanto» de no haber estado en Gaeta aquel día; acaso ignoraba la misión que le podía haber correspondido, según el plan trazado por el Papa y el Cardenal Antonelli, de acuerdo con Martínez de la Rosa y González Arnao, posiblemente con la anuencia del general Narváez.

Fernández de Córdoba, en su obra «La Revolución y la expedición española a Italia en 1849».

Llevaba bajo su mando una flotilla de siete buques. En cuanto a las instrucciones eran éstas: «La seguridad de la sagrada persona del Papa, es el principal objeto que ha tenido presente el Gobierno de S. M. al enviar estas fuerzas a las costas de Italia. Si el Sumo Pontífice juzgase conveniente trasladarse de Gaeta a cualquier otra parte, los buques españoles estarán a su disposición, si Su Santidad los eligiese, y muy principalmente si dispusiese venir a algún punto de los dominios de S. M. El Gobierno de España no puede imaginar que en ningún caso ni por ningunas fuerzas sean atacados los buques españoles que custodiasen a S. S.; pero si contra toda probabilidad este conflicto llegare a verificarse, el Gobierno de S. M. se lisonjea de que sabrán repeler la fuerza con la fuerza y que la conducta será digna de militares españoles». La expedición salió de Barcelona, llegando sin novedad a Gaeta. Fueron las primeras fuerzas extranjeras que llegaron en socorro del Santo Padre y bien puede suponerse el recibimiento que el general Bustillo tuvo en el Palacio de Pío IX.

En la misma fecha nuestro Gobierno tomó la iniciativa de invitar a todas las naciones católicas de Europa a la celebración de un Congreso diplomático. Dice así la comunicación dirigida por nuestro ministro de Estado, don Pedro Pidal: «No se trata ya de salvar la libertad del Papa, amenazada por el extravío de sus propios súbditos; ésta podía considerarse como la cuestión de momento, en cierta manera terminada por la salida de S. S. de Roma; pero tras esta cuestión se presenta otra de no menor importancia y en la igualmente interesados todos los Gobiernos católicos; la de asegurar de una manera estable y permanente la suprema autoridad del Pontífice, poniéndose a cubierto, no sólo de toda violencia real y efectiva, sino hasta de las apariencias de la coacción, que tan funesta puede ser para la causa de la Iglesia como para la paz de los pueblos. V. E. conoce muy bien cuan celosos han sido siempre los Gobiernos de todas las naciones católicas de asegurar al Jefe de la Iglesia una posición verdaderamente independiente. La organización misma de los Estados pontificios que han respetado tantos siglos, son una prueba de esta verdad; pero los pueblos católicos se constituyeron siempre como garantes de la soberanía temporal del Papa para que en la suprema autoridad espiritual que ejerce sobre todos los pueblos católicos no se pudiera ni aún sospechar la influencia de poderes extranjeros». La idea del Congreso

fué acogida con júbilo en la Corte pontificia y contó desde el primer momento con la adhesión de Nápoles. Produjo en cambio vacilaciones en Florencia. Portugal aceptó, aunque después, cediendo a presiones de Inglaterra, desistió. En Turín no fué aceptada, presentando otros proyectos. Austria fué partidaria de la intervención por las armas, pero esta nación, a más de sus simpatías por el Papa, tenía intereses materiales en Italia, en contra de algunos pueblos de la Península y de Francia, que le disputaba la preponderancia en Italia. La conducta de Francia y en especial de Napoleón, entonces Presidente de la II República, más tarde Emperador, fué en todo este asunto tan variada como poco franca, según influían sus particulares intereses y de aquí el halagar a los partidarios del Santo Padre, o al grupo amigo de los revolucionarios romanos, que de todo había en Francia, según en cada momento estimaba conveniente para su deseo de preponderancia en Italia. Los buenos católicos franceses hicieron cuanto pudieron en favor del Papa, principalmente el ministro Falloux, con su energía y autoridad; Montalabert, con su elocuencia arrebatadora, y la iniciativa particular, creando la obra de «el dinero de San Pedro», obra difundida después por todo el mundo y continuada en nuestros días. En el curso de las antedichas negociaciones, todos tenían que reconocer que a España no le guiaba ninguna clase de intereses materiales, que nada ganaba en la expedición, que, como otras muchas veces en su historia, sólo se afanaba por altos intereses. En vista de las dificultades, llegó hasta a ofrecerse para intervenir ella sola con su Ejército sin más que contar con el apoyo moral, pero sincero, de Francia. Por fin se llegó a reunir la conferencia en Gaeta a principios de marzo; Francia intrigó mucho y sólo ante el temor de que las demás naciones intervinieran sin contar con ella, se decidió, acordándose la intervención por medio de las armas de Austria, Francia, España y Nápoles, repartiéndose las zonas de territorio en que debía cada cual poner la paz y reponer la autoridad del Santo Padre. Francia se reservó la ciudad de Roma.

Correspondió a España el envío de 8.000 hombres y, en tanto que llegaban estas tropas, cooperar con la escuadra a la acción del Cuerpo de Ejército de Nápoles. El 28 de abril recibió órdenes el general Bustillo para hacerse a la mar con rumbo a Terrachina, debiendo coincidir con la llegada de la división napolitana, que, bajo las órdenes del mismo Rey Fernando, tenía que ocupar la plaza el día 29. Un buque español quedaría en Gaeta para atender a la seguridad personal del Papa. Copio la comu-

nicación que el día siguiente envió el general Bustillo a nuestro embajador Martínez de la Rosa, dándole cuenta de la operación.

«Excmo. Sr.: Conforme a las instrucciones que V. E. tuvo a bien confiar a mi cuidado, salí a la una de la noche próxima pasada de la bahía de Gaeta con las fragatas «Cortés» y «Villa de Bilbao», los vapores «León» y «Vulcano», y el pailebot «Bidasoa», haciendo rumbo a Terrachina, sobre cuyo puerto me encontré al romper el día y notando que uno de los tres fuertes guarnecidos de artillería que forma su fortificación hacia el mar arbolaba la bandera republicana, mandé dar fondo a todos los buques, luego que encontrándome a menos de medio tiro de metralla de la citada fortaleza conté con la seguridad de poderla batir con ventaja, largando al mismo tiempo el pabellón nacional; y cuando me disponía a emprender la maniobra de apoderarnos noté que los fuertes rebeldes arriaban sus banderas. Inmediatamente, en cumplimiento de las instrucciones de V. E. dispuse que el ayudante de órdenes de esta división, teniente de navío don Juan Bautista Topete, bajase a tierra a fin de manifestar a los habitantes de la población, como a las tropas que la guarnecían, que el objeto de estas fuerzas navales no era otro sino el de contribuir con los mayores esfuerzos al restablecimiento del Sumo Pontífice en la plenitud de sus derechos, para cuyo logro no perdonaría medio alguno, al par que protegía los intereses y las personas de los vecinos pacíficos. Tanto éstos como las guarniciones de los fuertes, acogieron bien mis palabras y en medio del mayor entusiasmo se arboló el pabellón de S. S., que al efecto llevaba yo preparado, el cual fué vitoreado fervorosamente por el gran concurso que acudió a este acto. Dispuse seguidamente que las guarniciones de estos buques se trasladaran a tierra y tomasen posesión de las fortalezas, encargándose de su guardia, enviando también alguna marinería con palas y picos para destruir, como en efecto se verificó, la mina construida en las inmediaciones de la Torre Gregoriana, sitio estrecho y de indispensable paso para las tropas napolitanas. Pocas horas después de terminadas estas operaciones llegó a Terrachina S. M. el Rey de Nápoles, a la cabeza de su Ejército y a cuya augusta persona tuve la honra de hacer entrega de los referidos fuertes, sirviéndose manifestarme del modo más expresivo su satisfacción por la parte que había tomado la Marina española en las operaciones de este día, llevando sus obsequios hasta el extremo de disponer se colocaran las guarniciones y marinería de los buques a la cabeza de la columna de su Guardia Real, en cuya honrosa posición atravesó la mayor parte del pueblo.

«Al llegar Su Majestad a la playa que da frente a los buques, arbolé al tope mayor del de mi insignia, la bandera de Su Santidad, con veintiún cañonazos y acompañado después de los comandantes y oficiales de la Escuadra, tuve la honra de felicitar a S. M. por el feliz principio de su cooperación, reiterándome con tal motivo nuevamente la alta opinión que tenía formada de estas fuerzas navales, siendo en extremo notable el cre-

cido número de banderas que con la inscripción de ¡Viva Pío IX! adornaban los balcones de multitud de casas a los pocos momentos de haber bajado a tierra las tropas españolas, teniendo con ese motivo la singular satisfacción de asegurar a V. E. que el comportamiento de nuestros soldados y marinería nada ha dejado que desear, estando cierto que lo recordarán con gratitud los habitantes de Terrachina. Réstame sólo hacer presente a V. E. que tan luego como se arboló en tierra el pabellón de Su Santidad pasó a este buque una comisión de personas notables a felicitarme por mi llegada, asegurándome todos el contento que había producido en los ánimos de aquellos fieles habitantes la protección que les habían dispensado los buques de Su Majestad la Reina nuestra señora. Todo lo que tengo el honor de poner en conocimiento de V. E., rogándole al mismo tiempo se sirva ser el fiel intérprete cerca de la sagrada persona de Su Santidad de los sentimientos que animan a los comandantes, jefes, oficiales y tripulaciones de estos buques de S. M. deseosos de contribuir, aunque sea a costa de sus vidas, al triunfo de tan justa causa. Dios guarde a V. E. &&.—A bordo de la corbeta «Villa de Bilbao» al ancla en el puerto de Terrachina el 29 de abril de 1849.—José María de Bustillo».

Aquella primera operación se verificó, pues, con el más lisonjero resultado. Las tropas de Nápoles se componían de unos 9.000 hombres y el Rey Fernando II llevaba el mando supremo. Este Monarca envió un despacho al general francés, comunicándole el resultado y, sin esperar respuesta, continuó al día siguiente restableciendo por aquella zona la autoridad y el legítimo gobierno del Papa.

Bustillo puso proa a Barcelona, en cuyo puerto entró el día 3 de mayo, sobre el «Vulcano», para recoger la primera expedición de las tropas españolas que, efectuados los preparativos, embarcaron el día 22 de mayo. El «Vulcano» tomó a bordo en Barcelona unos 5.000 hombres al mando del general don Fernando Fernández de Córdoba. Al amanecer del 23 salió la Escuadra, llegando con felicidad a Gaeta cinco días más tarde. Fernández de Córdoba comunica el día de llegada al ministro de la Guerra, que está en extremo satisfecho del comportamiento de la Marina de guerra «desde su comandante, don José María de Bustillo, hasta el último marinero». Las tropas fueron recibidas con júbilo en Gaeta. En la tarde del 29 de mayo, en que desembarcaron las tropas, se presentó Su Santidad en el campo, pasando revista en unión del Rey Fernando y del Gran Duque de Toscana. La tropa española vitoreó a Pío IX y, contagiada por el impulso de nuestros soldados, el brillante séquito del Papa, compuesto de reyes, príncipes, cardenales, generales, diplomáticos y ministros, le vitoreó también con emoción indescriptible, según testigos presenciales. Su Santidad, muy emocionado, bendijo a las tropas. Al día siguiente, 30 de mayo, se realizó otra gran parada en honor del Rey de Nápoles.

Después de la toma de Terrachina, la Escuadra española continuó imponiendo la autoridad del Papa en otros puertos y ciudades, colaborando con el Ejército del Rey de Nápoles. Al día siguiente de la toma de Terrachina, los franceses intentaron tomar Roma, siendo rechazados con numerosas bajas. El Gobierno francés envió un agente diplomático, Mr. Lesseos, el cual suspendió las hostilidades y se puso al habla con los revolucionarios romanos sin contestar los mensajes que le enviaba el Rey de Nápoles, que trataba de proceder de acuerdo, según lo convenido en Gaeta. Esta actitud de los franceses dió lugar a que las fuerzas revolucionarias, aprovechando el armisticio francés, salieran de Roma para cargar sobre las avanzadas del Rey de Nápoles, por lo que éste juzgó prudente retirarse a sus fronteras. En este estado seguían las cosas cuando llegaron las tropas españolas, que no pudieron hacerlo con más oportunidad para los intereses del Santo Padre. Mr. Lesseos, a pesar de llegar en sus tratos con los revolucionarios de Roma a límites de concesiones que lo convertían en su aliado, fracasó en las negociaciones y en vista de ello y de que los austríacos habían repuesto al Gran Duque de Toscana y ocupado la zona que en Gaeta se les encomendó, el general Oudinot, sin duda ante el temor de que si los franceses no tomaban Roma, lo hicieran los austríacos, el 31 de mayo, dos días después de la llegada de los españoles, daba por terminada la tregua y se incorporaba de nuevo a la actitud de Austria, España y Nápoles, en favor del Pontífice.

Se pensó en que los Ejércitos de Nápoles y España emprendieran unidas operaciones en la zona que les estaba encomendada. Dificultades interiores del reino de las dos Sicilias hicieron que tuvieran que operar sólo los españoles; y el 3 de junio, bien pocos días después de su llegada, emprendieron la marcha y de nuevo fué Bustillo con sus barcos a arbolar la bandera pontificia en Terrachina en la mañana del 4, entrando aquella tarde las tropas españolas. Fernández de Córdoba envió un mensaje al general francés, ofreciéndose a cooperar al sitio de Roma. El general Oudinot consideró era cuestión de honor para él tomar solo a Roma, no sólo por ser la misión que le encomendó la Conferencia de Gaeta, sino también por haber sido rechazado el 30 de abril. En tanto Bustillo siguió operando por el litoral apoderándose de las torres Boelina, Legola, Victoria y Figa, que estaban guarnecidas por artillería veterana, desarmándolas y recogiendo cañones y pertrechos.

El Ejército de tierra penetraba en Pipermo Sizzo y pueblos de los alrededores, restableciendo la autoridad de Pío IX.

El 3 de julio y después de un mes de sitio, el general francés entró en Roma y pudo enviar a Pío IX las llaves de la Ciudad Eterna. El 6 del

mismo julio llegaron a Terrachina más tropas que enviaba España, con lo que llegaron a sumar unos 9.000 hombres los que tenía a sus órdenes Fernández de Córdoba.

Antes de la entrada en Roma del general Oudinot, había logrado Garibaldi salir con unos 6.000 hombres sin que la persecución que contra ellos hicieran los franceses fuera eficaz, como tampoco pusieron interés en evitar que desde Roma salieran en los días siguientes numerosos voluntarios con armas y equipos, para engrosar las banderas de Garibaldi. Este se dirigía hacia Nápoles, pero Fernández de Córdoba salió resueltamente en su busca y, haciendo marchas atrevidas y jornadas trabajosas, cortó a Garibaldi la entrada en el Reino de Nápoles, evitando también que se estableciese en la zona montañosa de los Estados pontificios, donde habría podido prolongar mucho tiempo la rebelión, de llegar a instalarse en ella. De cómo realizó estas operaciones el Ejército español, dan idea las siguientes frases del Cardenal Antonelli, dirigidas a Fernández de Córdoba:

«Señor General: la atrevida marcha de V. E. a través de la Sabina, hace tanto honor a las tropas españolas como al general que las conduce. Libre ya el territorio de Nápoles del peligro de toda invasión enemiga, no quedará otro recurso a los rebeldes que el de rendir las armas, volviendo a la obediencia de Su Santidad, cuyo corazón atribulado por las discordias que desgarran sus Estados, volverá a disfrutar de tranquilidad y calma. En nombre, pues, de Su Santidad y de su Gobierno, envío a V. E. las más calurosas manifestaciones de agradecimiento para que tales sentimientos sean conocidos de las valientes tropas de su mando. Gaeta 22 de julio de 1849. Antonelli».—Y el ministro de la Guerra de Nápoles decía al Rey: «Puede ya Vuestra Majestad dormir tranquilo; la audacia y la fortuna del general español han salvado su Reino de una invasión segura, afianzando la tranquilidad y la obediencia de las provincias fronterizas».

Ocupada ya por Fernández de Córdoba y por fuerzas del Rey de Nápoles, que también tomaron parte, toda la zona que se les tenía encomendada, huido de Italia, Garibaldi, que embarcó para América en los primeros días de agosto, regida Roma por tres Cardenales designados por el Papa, habiendo también Austria puesto paz, ya antes, en la zona que se le había encomendado, parece terminada la misión que se asignaron las cuatro naciones católicas de reponer al Papa en sus Estados. Pero Napoleón, que seguía en su actitud poco definida y alternaba entre los deseos de los católicos franceses y sus compromisos con los revolucionarios romanos e internacionales—sin duda por influencia de las logias masónicas—quiso condicionar la vuelta del Papa a Roma e imponer fórmulas que mermaban la autoridad del Pontífice, a lo que dignamente no podía acceder Pío IX como Soberano. En estas deliberaciones transcurrieron algunos meses. Finalmente, un brillante discurso de Mon-

talabert en la Cámara francesa, al que siguió una votación favorable en el sentido de no mezclarse en la política interior de los Estados pontificios, decidieron a Napoleón a ceder en sus pretensiones y el Santo Padre podía ya regresar sin condiciones a gobernar sus Estados.

Quedaría guarneciendo Roma un Ejército francés para la seguridad del Pontífice. De cómo cumplió Napoleón esta seguridad, nos da idea la historia de 1859, que pone de relieve su proceder.

El 7 de septiembre y a bordo de un barco de guerra napolitano, se trasladó Pío IX desde Gaeta al Palacio de Portici, a corta distancia de Nápoles. Le escoltaban otros barcos napolitanos y cuatro españoles, al mando de éstos don José María de Bustillo. Al día siguiente hubo gran revista militar en la que tomaron parte unos 25.000 hombres. El Rey Fernando II colmó en esta ocasión de atenciones a los generales españoles. Para dar una prueba más del alto aprecio en que los tenía, dispuso que a la Escuadra española, allí fondeada, fuera a reunirse la de Nápoles y se pusiera a las órdenes de Bustillo para que juntas hicieran al Ejército los honores de ordenanza.

En aquellos días otorgó condecoraciones a los generales españoles, agraciando a Bustillo con la Gran Cruz de Francisco I de Nápoles.

Terminada la misión que nos llevó a Italia, las tropas españolas debían regresar a su país. Tal era la confianza que el Santo Padre tenía en la buena voluntad de España, comprendiendo su desinteresada actitud, que en 5 de octubre manifestó a nuestro embajador: «Tendría la mayor pesadumbre el día en que se retiraran las tropas españolas, pues son en las que tengo puestas mi mayor confianza».

Por estos días fué nombrado Bustillo ministro de Marina, pero pidió se le dejara seguir en el mando de la Escuadra, deseoso de no abandonar una empresa a la que había sido el primero en acudir y que deseaba dejar totalmente terminada con el reembarco de la expedición. Empezó éste el 22 de diciembre, con 2.000 hombres, continuando en enero y febrero para quedar terminado en los primeros días de marzo, sin tener que lamentar, por fortuna, ninguna grave contrariedad.

En estas operaciones, el día 3 de diciembre de 1849, viniendo en el vapor «Vulcano» desde Terrachina a Barcelona, con mucha mar, en uno de los balances, el comandante del buque don Manuel de Bustillo y Gómez de Barreda, hermano de don José María, cayó en cubierta, dándose tan fuerte golpe en el pecho que al poco tiempo se le presentaron ataques de hemoptisis, que se reprodujeron en otras ocasiones durante el penoso viaje, hasta que en enero de 1850 fué relevado del mando, calificándole de incurable. Así, este marino, sin ser herido, tuvo ocasión de dar su sangre por la sagrada causa del romano Pontífice. Un sobrino de don José María, por serlo de su mujer, José de Mergelina Fernández Pina, Guardia Marina en aquella expedición, enfermó y falleció en Nápoles, donde fué enterrado el día 6 de febrero de 1849. De este joven, único va-

rón de don Fernando Mergelina Gómez de Barrada, se conserva un retrato al óleo, con uniforme de marino, en Sanlúcar de Barrameda. Lo posee la viuda de don Roberto White Mergelina.

Su Santidad creó una medalla conmemorativa de la expedición y la regaló a los soldados de las cuatro naciones que habían acudido en su auxilio. Napoleón, en un rasgo de izquierdismo, negó a los soldados franceses autorización para usarla. En 20 de noviembre del año 1849, está firmado por S. S., en Portici, el Breve por el que concede a don José María de Bustillo la Gran Cruz de San Gregorio el Magno, cuyas insignias le regaló el Santo Padre a más de enviarle bendiciones y gracias espirituales en señal de su altísima gratitud.

Pocos días antes, en 3 de noviembre, había sido ascendido don José María a jefe de Escuadra y más adelante S. M. la Reina doña Isabel II, en recuerdo de esta campaña, lo condecoró con la Gran Cruz de Isabel la Católica.

Muy contrarias opiniones produjo en España esta expedición, si bien sus detractores, en general, lo fueron por ser desafectos a la causa de la religión católica. España no fué a Italia en busca de ningún provecho material. Fué a defender la sagrada persona del Papa y la causa de los Estados pontificios que en aquél entonces, era la causa del Pontífice, y así lo dice la primera nota del ministro de Estado español que dirigió a las demás naciones católicas, que antes hemos citado. Y detrás de esa nota nada se ocultaba, como es corriente en muchas notas diplomáticas que encubren segundas posturas e intenciones. Pero por eso mismo, es mayor la gloria de esta expedición que impulsó a otras naciones a seguirla; y de España fué el éxito de que S. S. Pío IX fuera repuesto en sus Estados. Los generales de Mar y Tierra y sus soldados, en todo momento hicieron honor a la confianza que en ellos había puesto España, y este nombre fué citado en todas partes con respeto en aquella campaña. En el Parlamento español se pronunciaron diversos discursos. Entre ellos merece ser leído el pronunciado en 26 de octubre de 1849, por el duque de Rivas. Tiene autoridad incontestable, como actor y testigo de los acontecimientos por su calidad de embajador de España en la Corte del Rey de Nápoles.

La república romana terminó con la huída de sus principales dirigentes. Muchos de ellos se dirigieron al puerto de Civita-Vecchia, llevando en sus equipajes objetos robados en las iglesias de Roma, sin que por ello fueran molestados por las autoridades francesas. El «Statuto» de Florencia denunciaba el 11 de julio la salida de Roma del ex director de Policía de los Triunviros, capitán Colongui, en elegante carretela tirada por dos soberbios caballos robados en las caballerizas de Torlonia. A pocas leguas de la capital le detuvieron unos soldados de caballería francesa que, al hacer un registro en sus maletas, encontraron objetos preciosos, barras de oro y plata y 35.000 escudos en oro, fruto de su administración

pública. Algunos extranjeros pidieron al comandante francés de Civita-Vecchia prohibiese al menos la exportación de alhajas eclesiásticas, pero sus gestiones no dieron resultado. Los cónsules, con un celo y diligencia dignos de mejor causa, se encargaban de proporcionarles pasaportes. En Civita-Vecchia se encontraba anclado el vapor de guerra inglés «Bulldog», donde tuvieron acogida Mazzini, Avezzana y otros muchos dirigentes. El 6 de julio por la tarde, el «Bulldog» hizo rumbo hacia Malta y allí quedaron los miembros de la república romana.

PEDRO ARMERO MANJÓN.